

—Al paso que lleva— dijo el zorro, riéndose, — va encontrar helao el cimarrón... ¡Compadre!...

A lo que el sapo respondió: —Mire que la apariencia engaña, aparcerero; no crea que soy lerdo como carreta tucumana; fíese no más en los santos y no les ponga velas!... y sonrió el sapo con cierta amargura o despecho, pues las burlas de su adversario lo tenían algo amostazado.

—Me gusta el petizo, por lo retrucador, canejo!... — exclamó el zorro y largó una carcajada que resonó en el pajonal, haciendo que pegaran la disparada los cuices y las perdices de los alrededores.

El sapo, más tranquilo, lo miró de hito en hito, diciéndole: — No se ría, amigo!... No me crea un caído el catre!... ¿Quiere que hagamos una apuesta?

—Bueno, — agregó el zorro, moderando su risa. — ¿Qué apuesta quiere hacerme, don?

—Le corro una carrera — dijo el sapo.

El zorro lo miró, creyendo que su interlocutor se hubiera vuelto loco, y acordándose del consejo aquel que dice, que a los locos hay que seguirles la corriente, en tono amistoso le contestó: — ¡Cómo no, mi amigo, con mucho gusto, le corro el tiro que quiera y por lo que guste!

—Muy bien, — dijo el sapo — correremos una cuadra y apostaremos... un poncho de vicuña y un par de espuelas de plata... ¿Qué le parece, amigo?...

—¡Superior, — exclamó el zorro — trato hecho.

—Más el sapo arguyó, correremos, pero con una condición, a las tres largamos, y el que llegue primero tendrá la obligación, junto con lo que llegue, de darse güelta en el acto y darle la bienvenida a su contrario. ¿Agarra?...

—Muy bien, — respondió el desafiado — y ahora vamos a buscar un descampao, ya que no tenemos andarivel, y a tranco que el sapo pudiera seguirlo, como dos buenos amigos hacia el poniente se encaminaron.

Tras breve marcha, pues lo que anhelaban bien pronto lo hallaron, se detuvieron.

El zorro trazó una raya en la tierra seca y resquebrajada por el sol, diciéndole al sapo, de aquí largamos, la llegada la haremos en aquel espinillo que se divisa allá a la izquierda, ¿qué le parece, don?

—Me parece muy bien.

—Entonces, amigo, de un trote me voy a marcar la raya. Pa que se va a "agitar" usted, — y al trote inglés salió el zorro hasta el espinillo convenido, trazando la raya y regresando con una sonrisa irónica en su boca.

Cuando el zorro regresó, llenado su cometido, el sapo le dijo:

—Le voy a correr, pero le voy a dar un cuerpo de ventaja, sino no corro, pues de otro modo pa mí la carrera no tiene color.

El zorro rió a más no poder, pero esta vez, su risa era más bien amistosa, y convencido de que el sapo estaba realmente loco, le dijo, para no contrariarlo:

—Bueno, amigo, me tomaré un cuerpo de ventaja, así le robaré más fiero y cortao.

—¡Pudiendo estaba... — dijo el sapo riéndose, y colocándose ambos rivales en la raya en las condiciones convenidas, el sapo, tras breve acomodo, componiéndose la garganta, dijo:

—¡Listo!... A la una... a las dos... y a las tres!

Salió el zorro como alma en pena, dejando tras sí un tierral encogedor, y no bien hubo llegado al espinillo de la meta, cumpliendo lo pactado, rápido se dió vuelta, y mientras la tierra que él había levantado se iba disipando, escrutaba el camino con la mirada, esperando la llegada de su contrario. Mas cual no sería su sorpresa, su asombro, al oír a sus espaldas una risita seca y la voz del sapo que lo saludaba irónicamente, diciéndole:

—¿Qué dice, gaucho centeya, cómo va ese valer?... Li ganao, amigo, pague y no proteste, pa estar a sus espaldas debo haber llegado antes, ¿no?

El zorro se dió vuelta azorado; miró al sapo, asombrado, sacó un rollo, y como buen criollo honrado, le entregó en patacones el importe del poncho y de las lloronas perdidas.

No bien pagó y se secó la frente, se despidió sin rencor, y siguiendo su camino interrumpido, llegó a las orillas del arroyo, pensando y preocupado, pues no se podía explicar cómo un ser tan lerdo, tan insignificante a su lado, pudo ganarle a él, tan veloz, tan astuto, la carrera que hasta con ventaja había perdido.

Explicación

El sapo dió un cuerpo de ventaja al zorro para que estando él en la raya, pudiera tener al alcance de su boca, la lana de la cola del zorro, de la que, con suavidad, se prendió al largar la carrera.

Cuando el zorro llegó a la meta y se dió vuelta, el sapo suavemente se largó. Por eso estaba detrás de él y lo habló como lo hizo.

Moraleja

No hay que menospreciar, ni creerse de una superioridad indiscutible, pues muchos que en apariencia parecen insignificantes, son superiores.

R I C A R D O T A R N A S S I
D I B U J O D E A G R E L O

PAISAJE MUERTO

EN los reflejos del arroyo, el sauce su desflocada cabellera espuma al caer como a chorros en la espuma, besando, a penas, la quietud del cauce.

La tarde, que agoniza, se disuelve como un enorme lirio que se agosta, y su tinte final pinta la costa, el agua, el campo y todo cuanto envuelve.

El tono de la bruma sube y sube; detiénese en los cielos una nube y acurrúcase el ave en el follaje.

No hay sensación de vida: es uniforme esta quietud profunda de la enorme pincelada de Dios sobre el paisaje.

Miguel Arias.